

## 1. INTRODUCCIÓN. LA SAGRADA ESCRITURA

### 1. LA BIBLIA COMO OBRA LITERARIA Y COMO REVELACIÓN

La Biblia es, probablemente, el *libro* más leído en la historia de la humanidad. Casi con seguridad es el más editado. Traducida a más de dos mil lenguas, cada año se publican casi veinte mil libros o artículos científicos que versan sobre ella. Una ignorancia bíblica sería poco menos que una ignorancia enciclopédica<sup>1</sup>. En una descripción elemental, pienso que la importancia de la Biblia se podría expresar a partir de tres nociones: es un monumento de la cultura, es un libro religioso, es un libro portador de una revelación.

La Biblia es sin duda alguna uno de los *monumentos culturales* de nuestra civilización. Si la cultura se define de modo genérico como aquello que hace más hombre al hombre, no cabe duda de que hay que incluir a la Biblia como uno de nuestros más importantes ancestros culturales. A la Sagrada Escritura le hemos concedido autoridad *ética*, como le concedemos también ser el «jardín de las referencias», o el «gran código» sobre el que se miden los patrones artísticos occidentales<sup>2</sup>.

Pero si la Biblia tiene una importancia tan capital no por ser un monumento estético, sino por ser un *libro religioso*. El hombre es un ser religioso y tiene preguntas religiosas: ¿de dónde venimos?, ¿cuál es la razón de ser del mundo?, ¿somos creación de Dios?, ¿qué relación tenemos con Él?, ¿qué sentido tiene la vida?, ¿cómo alcanzar la felicidad?, ¿hay otra vida más allá de ésta? La Biblia es un libro que da respuesta a las preguntas religiosas. Todos los libros religiosos pretenden contestar a preguntas como éstas. Sin embargo, los estudiosos han subrayado que, también en ese marco religioso común, la Biblia judía y cristiana tiene personalidad propia. La pretensión de universalidad histórica de sus relatos y la relación constantemente ahondada y generadora de conflictos de los hombres con un Dios único y oculto que, sin embargo, aparece, y que con sus promesas e intervenciones dirige la historia universal, confiere a los textos bíblicos una perspectiva singular. El lector no puede dominar el texto. El texto bíblico da que pensar y reclama una interpretación y una respuesta<sup>3</sup>.

Sin embargo, la Biblia no se presenta como una solución a los problemas religiosos, sino como la *revelación* verdadera. Dicho de otra forma, la Sagrada Escritura no se presenta a sí misma como palabra del hombre sobre Dios, sino como palabra de Dios al hombre. La Biblia es respuesta de Dios a las preguntas del hombre. Por eso, en muchos momentos de la Historia, pero especialmente en tiempos de crisis de referencias, los hombres han acudido a la revelación, y a la Biblia, para descubrir un pensamiento más originario o más profundo. Y han acudido a ella, porque creen que la Sagrada Escritura tiene su origen en Dios, y es, por tanto, palabra de Dios al hombre. Por eso, se puede concluir que la Biblia ha sido, y es, monumento cultural no por su belleza formal sino porque es palabra de Dios<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Los datos son de 1990. Pueden verse, con otras consideraciones, en G. SEGALLA, «Cento anni di studi biblici (1893-1993). L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa», *Studia Patavina* 41/2 (1994) 307-313. Más datos en J. BARTON, *¿Qué es la Biblia?*, Desclee, Bilbao 2004.

<sup>2</sup> Son conocidas estas expresiones de artistas y críticos como W. Blake, M. Chagall, N. Frye, etc.

<sup>3</sup> Cfr E. AUERBACH, *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México 1950, 20-21.

<sup>4</sup> Cfr T.S. ELIOT, *Selected Essays*, Harcourt Brace, New York 1950, 344-345

## 2. DIVERSAS DENOMINACIONES Y LIBROS QUE LA COMPONEN

Las maneras que tenemos para denominar los libros de la Sagrada Escritura son variadas. Con cada una de ellas se quiere subrayar un aspecto. Al comenzar el tratado vamos a detenernos en estos nombres, con la esperanza de poder resumir en ellos los contenidos que conviene tener presentes al abordar la materia.

Comenzamos por el nombre más común: *La (sagrada) Biblia*. Ese nombre ya es significativo, porque recoge una ambigüedad que se nos puede presentar a la hora de leer alguno de sus pasajes. La Biblia, ¿es un libro, una colección de libros, o las dos cosas a la vez? El término Biblia era, en su origen, la transcripción latina del griego *biblía*, nominativo plural de *biblion*, que es el diminutivo de *biblos* (libro). Así, pues, Biblia, nominativo plural neutro de la segunda declinación, significaba «los libritos»<sup>5</sup>. Sin embargo, en latín tardío, esa palabra pasó a declinarse como singular de la primera declinación (*Biblia, -ae*), y de ese modo se ha transmitido a las diversas lenguas romances. Pero hay más. Este cambio, desde un neutro plural a un femenino singular, no se debe sólo a la pérdida de sensibilidad morfológica para el uso de los casos en las declinaciones, característica del latín vulgar, sino que refleja una concepción teológica particularmente viva en la Iglesia de esos primeros siglos: la Biblia, está constituida por muchos «libros» escritos por muchos autores; pero es también «un libro» compuesto por un único Autor.

¿Qué consecuencias pueden derivarse de aquí? Acudamos a un examen un poco más detenido. Si abrimos la Biblia por diversos lugares, descubrimos enseguida que en ese *libro* campean todo tipo de escritos y de géneros literarios: relatos de Historia y también historias ficticias, narraciones épicas y narraciones irónicas, cantos de agradecimiento y lamentaciones, sentencias y códigos de leyes, etc. Es decir, más que un libro, deberíamos decir que la Biblia es una *Biblioteca*. Y como tal hay que tenerla a la hora de leerla. Del mismo modo que si queremos leer Historia, no acudimos a la sección de ficción de la Biblioteca, al leer la Biblia tenemos que ser conscientes del género literario del libro que estamos leyendo<sup>6</sup>. Pero esto no es todo. Si abrimos la Biblia católica, descubrimos que empieza con el origen del mundo, el Génesis, y acaba en un presagio de lo que será su final, el Apocalipsis. Por tanto, en cierta manera, la Biblia cuenta una *historia* completa, y en este sentido se puede entender como un único libro. Sin embargo, esta última denominación está un poco forzada. Más que un libro, la Biblia es una colección ordenada<sup>7</sup>. La unidad le viene del único autor divino, pero Dios es autor divino de la revelación. La unidad de la Biblia es un reflejo de la unidad del designio de la revelación.

Pero hablar del designio de la revelación de Dios, es hablar del contenido específico de la Biblia. La Biblia enseña, sobre todo, el *compromiso* de Dios con la obra de su creación. Compromiso de Dios cuando crea, compromiso de Dios cuando se determina a no volver a enviar un diluvio sobre la tierra, compromiso con Abrahán, con el pueblo de Israel, y con todos los hombres cuando envía a su Hijo. Ese compromiso es lo que en castellano llamamos Alianza o Testamento. Y éste es también un nombre bajo el que conocemos estos libros, ya que hablamos del *Antiguo Testamento* y del *Nuevo Testamento*. La Biblia narra la historia de los pactos de Dios con los hombres para salvarlos: el pacto con Noé, con Abrahán, y sobre todo, con el pueblo de Israel. Finalmente, el pacto definitivo con todos los hombres en Cristo.

Pero, lo mismo que antes, a propósito del término Biblia, también ahora estas palabras —pacto, alianza, compromiso, testamento— son significativas y pueden ayudar a comprender lo radical de estos libros. En la narración bíblica se habla de los pactos o alianzas que hace Dios con los hombres. Para estas acciones, la lengua hebrea tiene una palabra precisa: *berit*. Ahora bien, cuando la Biblia hebrea se tradujo al griego, la

<sup>5</sup> O «los libros», si se acepta que el diminutivo griego no era tal en la época en que se impuso la denominación.

<sup>6</sup> Cfr R. Brown, *101 preguntas y respuestas sobre la Biblia*, Salamanca 1997.

<sup>7</sup> En un libro, y en un libro que se va aumentando un libro, hay que respetar unos principios de unidad, continuidad, linealidad, organización de modo que una cosa aparezca no detrás de otra sino a causa de la otra, etc., que no se dan en la Biblia.

palabra griega que se utilizó fue *diathêkê* que significa, más bien, disposición<sup>8</sup>. Pero es importante notar que en esta traducción no hay traición. El contenido de las alianzas narradas en la Biblia subraya sobre todo la disposición de Dios con los hombres, puesto que los hombres no siempre cumplen con lo que han pactado. El uso de la palabra en la Carta a los Hebreos enriquece un poco más el contenido de la expresión, ya que su autor (cfr Hb 9,11-28) recuerda que *diathekê* significa también «última disposición», es decir, *testamento*, y que para que un testamento entre en vigor debe morir el testador. Por ello, señala, con razón, que la verdadera alianza se dio con la muerte de Cristo. Por tanto, al hablar de *Antiguo y Nuevo Testamento*, lo que se hace es fijar la atención sobre el contenido de la Biblia, y lo que contiene la Biblia es, substancialmente, la disposición, el testamento, de Dios con los hombres. La terminología cuando se aplica a los libros sagrados es una metonimia<sup>9</sup>.

Ahora bien, a propósito de la relaciones entre los dos testamentos, es útil recordar cómo se concibe la ordenación de los libros en la Biblia hebrea y en la Biblia cristiana. Nos servirá más tarde, para entender la concepción de la revelación que hay detrás de la dos religiones. La Biblia hebrea consta de 39 libros que se agrupan en tres grupos *Torah (Ley)*<sup>10</sup>, *Nebhî'im (Profetas)*<sup>11</sup> y *Ketûbîm (Escritos)*<sup>12</sup>. La característica de la colección es su estructura como en círculos concéntricos que se expanden desde la Ley, que es el centro de la revelación.

La Biblia católica consta de 46 libros para el Antiguo Testamento<sup>13</sup>, y 27 para el Nuevo. El Antiguo lo divide en libros históricos, didácticos o poéticos, y proféticos<sup>14</sup>. Se privilegia en esta división la dimensión de la Historia de la salvación: el punto de partida lo constituyen los libros históricos que narran el proceso de la salvación; al final, se colocan los libros proféticos que son los que anuncian a Cristo.

### 3. LA BIBLIA EN LA FE DE LA IGLESIA: LA SAGRADA ESCRITURA, PALABRA DE DIOS ESCRITA POR INSPIRACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

En el apartado anterior se examinaban algunas denominaciones de la Sagrada Escritura —Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento— que reflejaban ante todo su forma o su contenido. Pero también se ha advertido al inicio que la Escritura se entiende como *obra divina*. Diversas expresiones subrayan esta dimensión.

<sup>8</sup> De *diatithêmi*, «disponer». Ésta es la traducción que hizo la versión de los LXX, y la que se recoge en el Nuevo Testamento. Otras versiones griegas antiguas —las de Aquila, Simaco y Teodoción— tradujeron *berit* por *synthêkê*, que significa más precisamente alianza.

<sup>9</sup> Como también una expresión sinónima, *instrumentum*, que aparece en algunos escritores latinos como Tertuliano, S. Jerónimo o S. Agustín. En lenguaje jurídico designaba el documento probativo. Al usarla para la Escritura se quiere señalar la fuerza de la Biblia para probar la doctrina.

<sup>10</sup> En la Biblia cristiana se suele denominar con el nombre griego Pentateuco, es decir, los «cinco estuches». Sin embargo, cuando el Nuevo Testamento habla de la Ley, o de la Ley y los Profetas, se refiere al uso judío.

<sup>11</sup> La Biblia hebrea los divide estos libros entre «Profetas anteriores» (*Nebhî'im rishônîm*) y «Profetas posteriores» (*Nebhî'im 'aharônîm*). Profetas anteriores son los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Se denominan «anteriores» porque son más antiguos que los otros y se llaman «profetas» porque se tenía a Josué como profeta y también a Samuel a quien además suponían autor de sus libros y del libro de los Jueces; los libros de los Reyes se atribuían a Jeremías. «Profetas posteriores» son los libros de Isaías, Jeremías Ezequiel y el rollo de los doce profetas menores. En la colección hebrea, el libro de Daniel figura entre los Escritos.

<sup>12</sup> Los Escritos son: Salmos, Proverbios, Job, Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés (Qohelet), Ester, Daniel, Esdras, Nehemías y Crónicas. A veces, en los escritos judíos, algunos de estos libros se organizan en pequeños grupos: Escritos mayores (*Ketûbbim gedôlim*) eran Salmos, Proverbios y Job; Escritos menores (*Ketûbbim qetanim*) eran Cantar, Eclesiastés y Lamentaciones; los Cinco rollos (*Jamesh megil-lôt*) se leían en la Sinagoga en determinadas fiestas: Cantar en la Pascua, Rut en Pentecostés, Lamentaciones en la conmemoración de la caída de Jerusalén en el siglo VI, Eclesiastés en Tabernáculos y Ester en la fiesta de los Purim.

<sup>13</sup> Siete libros, los llamados deuterocanónicos, no se recogen en la Biblia hebrea ni en la Protestante: Tobías, Judit, 1-2 Macabeos, Eclesiástico, Sabiduría y Baruc, cuyo capítulo 15 es la carta de Jeremías. Algunos autores —siguiendo la praxis del Concilio de Trento— unen Lamentaciones al libro de Jeremías; si se computa de esta manera, los libros son sólo 45.

<sup>14</sup> Esta denominación está ya en Cirilo de Jerusalén (*Catequesis*, 3,35) que habla de libros históricos, versificados, y proféticos.

*La Sagrada Escritura.* Es una denominación del Nuevo Testamento para referirse a los textos del Antiguo. La expresión más habitual es «la escritura (ἡ γραφή)», o «las escrituras (αἱ γραφαί)», que aparece unas 50 veces. En diversas ocasiones, sin embargo, se subraya de manera explícita la dimensión sagrada: «las escrituras santas (γραφαῖς ἁγίαις)» (Rm 1,2), «las sagradas letras (τὰ ἱερὰ γράμματα)» (2 Tm 3,14), en una expresión que recuerda a otras de los libros de los Macabeos: «los libros santos (τὰ βιβλία τὰ ἅγια)» de 1Mac 2,19, o «el libro sagrado (τὴν ἱερὰν βίβλον)» de 2Mac 8,23. En el contexto helenístico del tiempo en el que aparecen, estas expresiones tienen cierto paralelo en los decretos reales: si se tiene por divino al emperador, dan noticia del origen no humano. En el uso bíblico es evidente que se refieren a las escrituras de Israel y que a estas escrituras se les da un valor autoritativo, ya sea porque contienen palabras de Dios, ya porque Dios se expresa en ellas. Por tanto, la expresión mira hacia el *origen* divino de los textos, sea de los escritos mismos, o ya sea, sin más, del contenido de los escritos. Los Padres de la Iglesia, ya desde el los primeros siglos, otorgaron la misma denominación a los textos del Nuevo Testamento.

*Palabra de Dios.* Hoy en día, es una de las expresiones favoritas para designar la Sagrada Escritura en la Iglesia. Sin embargo, esta expresión es fácilmente anfibológica, por lo que se hace necesario precisar un poco más su sentido. «Palabra de Dios» no es, ni en la Biblia ni en la Iglesia, un concepto uniforme. En el Antiguo Testamento, designa a la palabra por la que Dios crea todas las cosas, y designa también las comunicaciones de Dios a los hombres: las de Dios mismo o las palabras de los profetas. En el Nuevo Testamento la expresión se aplica a diversos textos del Antiguo Testamento, a palabras de Jesús (Lc 5,1) y a las palabras de la predicación apostólica<sup>15</sup>. En la vida de la Iglesia, esta variedad de realidades que se designan como palabra de Dios se amplía a otras como la entera Escritura, o la palabra de la predicación. En este marco se puede entender con más precisión qué entendemos cuando decimos que la Escritura es Palabra de Dios. La predicación de la Sagrada Escritura como Palabra de Dios es en cierta manera metafórica, como la palabra del Profeta o del Apóstol, la palabra de la Escritura es palabra humana y «es y no es» palabra de Dios. Ciertamente, no entendemos la Sagrada Escritura como «palabras de Dios» sino como un «discurso inteligible» que tiene su origen en Dios. La formulación también se puede entender como una metonimia. La palabra profética o la palabra apostólica, pronunciada por los hombres como Palabra de Dios, está contenida en la Sagrada Escritura<sup>16</sup>. En todo caso, lo que no podemos obviar es la anfibología del origen: hay diversas realidades en la Iglesia a las que se denomina Palabra de Dios y la Biblia es una de ellas. Puesto que todas estas realidades están relacionadas entre sí, lo que hay que ver es el la relación de la Sagrada Escritura con las demás: con la palabra profética pronunciada, con Jesucristo, la Palabra de Dios encarnada, con la predicación de la salvación en la Iglesia, etc<sup>17</sup>.

*Escritura divinamente inspirada.* La expresión tiene su origen en la Vulgata, refiriéndose al Antiguo. San Pablo exhorta a Timoteo a servirse de la Escritura porque «omnis scriptura divinitus inspirata» (2 Tm 3,16), y la segunda carta de San Pedro se refiere a que los contenidos de los textos del Antiguo Testamento no tienen un origen únicamente humano ya que «Spiritu Sancto inspirati locuti sunt sancti Dei homines» (2 P 1,21). Los dos textos hacen una referencia al «Espíritu» de Dios en la constitución de la Escritura del Antiguo Testamento. En toda la tradición de la Iglesia se repite esta idea: los libros de la Biblia, aunque compuestos por hombres, no tienen un origen humano, ya que están «escritos por inspiración del Espíritu Santo». También aquí debemos ser precavidos en las afirmaciones, pues intuitivamente podemos entender

<sup>15</sup> K. KERTELGE, *Palabra de Dios. A: Teología bíblica*, en P. EICHER, *Diccionario de conceptos teológicos II*, Herder, Barcelona 1989-1990, 146-155; E. BISER, *Palabra de Dios. B: Teología sistemática*, en *Ibidem*, 155-164. Cfr también, L. Scheffczyk, *La Sagrada Escritura: Palabra de Dios y de la Iglesia*, en *Communio* (ed española) 23 (2001/2) 154-166

<sup>16</sup> Las Sagradas Escrituras, dice *Dei Verbum*, n. 21, «comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles»

<sup>17</sup> El asunto lo he tratado con más detenimiento en V. BALAGUER, «La economía de la Palabra de Dios. A los 40 años del la Constitución Dogmática *Dei Verbum*», *Scripta Theologica* 37 (2005/2) 407-440.

que la inspiración constituye a los textos de la Escritura Palabra de Dios. En realidad, ni en la Sagrada Escritura, ni en el Magisterio de la Iglesia se dice expresamente esto: sí es expreso, en cambio, que para ser Palabra de Dios, una de las condiciones que tienen que tener los textos es haber sido inspirados<sup>18</sup>. Más adelante se verán estos extremos con más precisión.

Por tanto, con estas denominaciones se percibe que, en la tradición de la Iglesia, no hay ninguna duda de que la Biblia no tiene su origen en los hombres sino en Dios. Pero, al mismo tiempo, se deja notar también que no son escritos compuestos por escritores en estado de raptó espiritual, sino que son también escritos plenamente humanos. Se ha afirmado que el cristianismo participa de la noción de inspiración común a muchas religiones, pero que tiene caminos propios, de modo que sus libros son revelación, pero no como resultado de una revelación, sino de una inspiración. Para explicar esto sin llevar a una confusión excesiva hay que convocar otros elementos; como mínimo, dos, Jesucristo y la Iglesia.

#### 4. LA BIBLIA EN LA IGLESIA. RELACIÓN ENTRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN, LA ESCRITURA Y LA IGLESIA

De cuanto se ha dicho hasta ahora, puede deducirse que la propiedad esencial de la Sano es que sea Palabra de Dios, sino que es Palabra de Dios y palabra humana a la vez. Y esta condición remite directamente al misterio de la encarnación del Verbo —Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre al mismo tiempo— como fuente, y analogía esencial, de los misterios cristianos (cfr *Dei Verbum*, n. 13; *Lumen Gentium*, n. 8). Por tanto, en dependencia de esa noción, la Escritura debe relacionarse y entenderse con referencia a otras realidades que también participan de la doble dimensión, divina y humana, visible e invisible, como la Iglesia o los sacramentos.

Tal vez el mejor camino para entender la Sagrada Escritura sea la noción de misterio. Dice *Dei Verbum*, n. 2:

«Quiso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. *Ef.*, 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. *Ef.*, 2, 18; *1 Pe.*, 1, 4)».

La frase describe el origen de la revelación —la bondad y la sabiduría de Dios— y su contenido: el misterio de la salvación de los hombres a través de Cristo. Ahora bien, este contenido de la revelación se apunta desde dos dimensiones: como realidad de salvación y como misterio. En primer lugar es una realidad: no se trata de que Dios nos revele a través de Cristo cómo podemos llegar a salvarnos; antes que eso el texto afirma que Cristo es la salvación<sup>19</sup>. Pero que sea una realidad no niega que sea también revelación: el gesto de la Encarnación, los gestos y las palabras de Cristo, en la historia de los hombres, son revelación. Todo esto es lo que *Dei Verbum*, y el vocabulario cristiano, denominan el «misterio». ¿Qué es el misterio cristiano?

Conviene en primer lugar no confundir, o no reducir, *misterio* con *enigma*. Ciertamente, todo misterio tiene algo de enigmático, pero el misterio, sobre todo, revela, no esconde. El misterio es como una rendija por la que podemos ver la profundidad de Dios. La palabra *misterio* es casi una transcripción de la homónima griega μυστήριον, y traduce también la latina *sacramentum*. En el lenguaje de la Biblia aparece por vez primera en los últimos escritos del Antiguo Testamento<sup>20</sup>, para referirse a las decisiones eternas de Dios,

<sup>18</sup> En el texto citado de San Pablo (2Tm 3,14-16) no se dice que los textos del AT sean Palabra de Dios; sí se dice en cambio que los textos, por haber sido inspirados preparan para la salvación que se da en Cristo. De manera semejante, en el Concilio Vaticano I se dice que la Iglesia tiene a los libros de la Biblia por «sagrados y canónicos (...) porque escritos por la inspiración del Espíritu Santo tienen a Dios como autor y como tales han sido entregados a la Iglesia»: aquí la inspiración constituye a Dios autor de los libros, pero son sagrados y canónicos no sólo por eso sino por su ser también eclesiales.

<sup>19</sup> «El Verbo de Dios se hizo hombre y el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre para que el hombre, unido íntimamente al Verbo de Dios, se hiciera hijo de Dios por adopción», dirá San IRENEO, *Contra las herejías*, 3,19.

<sup>20</sup> Aparece en libros escritos en griego, o para traducir el la expresión aramea *râz* del libro de Daniel. Cfr J. N. ALETTI, «Mystère. Théologie biblique», en J. Y. LACOSTE (ed) *Dictionnaire critique de théologie*, Presses Universitaires de France, Paris 1998, 771-772. Cfr también, L. M. CHAUVET, «Sacrement», en *ibidem*, 1028-1033.

reveladas a los elegidos, que tendrán lugar en los últimos tiempos. El Nuevo Testamento, conservando ese significado revelador, introduce una diferencia, ya que el objeto de la revelación, el misterio, es la persona de Jesucristo cuyas acciones manifiestan el proyecto divino de salvación. Además, el misterio no se refiere únicamente a un conocimiento intelectual; tiene algo de vital. Sólo quien está dentro, con Cristo, lo entiende; desde fuera, es algo enigmático (cfr Mc 4,11-12).

Ahora bien, nosotros percibimos a Jesús en sus acciones humanas: en su predicación, en sus acciones benéficas hacia los enfermos, en su misericordia, etc. En todas estas acciones, a través de su humanidad, podemos percibir su divinidad. Ciertamente, por parte de los hombres, confesar la divinidad de Jesucristo es un don de Dios (cfr Mt 16,16-17), pero que se despierta desde las acciones de Jesucristo. En conclusión, si solo a través de la humanidad del Verbo, de su historia entre los hombres aprendemos el ser y el mensaje de Dios, la humanidad del Verbo es el instrumento con el que se revela la divinidad.

Esta noción es la que analógicamente se aplica a la Sagrada Escritura. A través del lenguaje humano de los libros se revela la Palabra de Dios; es más, ese lenguaje humano es instrumento para conocer el mensaje de Dios. Pero aquí conviene volver a recordar los dos puntos centrales de la noción de misterio: por una parte, el misterio no agota el ser de Dios, hay siempre algo que permanece enigmático; por otra, la dimensión humana de la Escritura nos conduce hasta el umbral de la dimensión divina. Sólo desde dentro, desde la fe y desde la gracia, confesamos que la Escritura es palabra de Dios a los hombres<sup>21</sup>.

Ahora bien, la Encarnación del Verbo no es un hecho aislado e independiente de las diversas acciones de Dios con los hombres. El misterio de la salvación de Dios comporta la creación, la manifestación a nuestros primeros padres, y, sobre todo, la creación del pueblo de Israel al que hizo depositario de sus promesas. En el marco de este pueblo se realiza la obra de Cristo, quien, cumpliendo las promesas de Dios a Israel, estableció una nueva alianza «convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles que se condensara en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios» (*Lumen Gentium*, n. 9). Ese nuevo pueblo es la Iglesia. La Iglesia «es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1), por eso, para comprenderla «se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza humana sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo» (*Lumen gentium*, 8). En esta descripción, ya tenemos los elementos necesarios para comprender el misterio de la Sagrada Escritura en la Iglesia.

¿Qué consecuencias tiene esta reflexión para la Sagrada Escritura? En primer lugar, nos enseña que la Sagrada Escritura no puede entenderse de manera aislada, sin relación con los demás elementos de la Iglesia. Pero no se trata de una mera comprensión del mensaje. La Sagrada Escritura sólo puede ser palabra de Dios en la Iglesia. Fuera de la Iglesia, la Sagrada Escritura es, por usar la imagen de Lutero, como las leyes de un país extranjero para mí: objeto de curiosidad, o de admiración, o de conocimiento, pero no palabra de Dios que me interpele.

En segundo lugar, la fe confiesa que la Iglesia es como un sacramento, o sea, un signo y un instrumento, de la acción de Dios. Dicho de otra forma, en la Iglesia, los aspectos visibles realizan y muestran los aspectos invisibles de la santificación. Este uso de la palabra *sacramentum* conviene con uno muy común en los Padres. En ocasiones, aplicaban esta palabra a la profesión de fe, a la Eucaristía y a los sacramentos de la iniciación cristiana, y también a la Sagrada Escritura: «Sacramento, decía San Agustín, es decir, cualquier

---

<sup>21</sup> Si la encarnación es el principio de comprensión de la Escritura, el misterio la única persona «de Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación» (Conc. de Calcedonia, DS 301-302; cfr CCE 467) será también fuente de todas las analogías para la comprensión correcta de la Biblia.

palabra de las Escrituras»<sup>22</sup>. Y aquí, la analogía ya toma otro cariz distinto, pues no se refiere sólo a la comprensión de la Escritura, sino a su ser y a su obrar en la Iglesia, pues es a través de ella, como instrumento, como Dios habla a su Iglesia. Es la Iglesia quien recibe la Escritura y la entrega a los fieles convertida en Palabra de Dios.

En este sentido, considerando la forma y la función de la Escritura en la Iglesia, es común la asociación de la Sagrada Escritura con los siete sacramentos, especialmente con la Eucaristía, como se recoge, por ejemplo en *Dei Verbum*, n. 21. Sin embargo, no hay que olvidar que la analogía no es equivalencia, y de hecho, el Concilio no los trata como análogos, sino como dos acciones distintas. Podemos concluir, por tanto, que el «misterio» de la Escritura es inseparable en la fe cristiana del «misterio» de Cristo y de la Iglesia. O, tal vez mejor, los misterios de la Iglesia y de la Escritura son dos aspectos complementarios del «misterio» de Dios que encuentran su razón de ser y su plenitud en el «misterio» de Cristo, Verbo Encarnado, del que son inseparables. En la actual economía de la salvación no se puede hablar de Cristo sin la Iglesia, ni de la Iglesia sin Cristo. No se puede entender la Iglesia sin la Escritura, ni la Escritura sin la Iglesia.

---

<sup>22</sup> Carta 55,38.